

El impacto de las religiones sobre la deuda ético-social

Bernardo Kliksberg(*)

1. Un panorama inquietante

El nuevo milenio se inició con grandes contrastes. Por una parte, avances incesantes en la ciencia y la tecnología que han multiplicado la capacidad de producción de bienes y servicios del género humano. Las revoluciones en múltiples campos como la genética, la biotecnología, la ciencia de los materiales, la computación, la cibernética, la electrónica, las comunicaciones, y otros, han hecho que el planeta hoy esté en condiciones potenciales de satisfacer las necesidades de casi el doble de su población actual. Ponen al alcance la prolongación significativa del lapso de vida útil, y de la esperanza de vida, la reducción a límites mínimos de la mortalidad infantil, y de la mortalidad materna, la posibilidad de dar acceso masivo a educación con apoyo en las nuevas tecnologías.

Sin embargo, por otro lado, los datos recientes informan que 1200 millones de personas se hallan en pobreza extrema viviendo con menos de un dólar diario, 3 mil millones están por debajo de la línea de la pobreza, ganando menos de dos dólares diarios, 845 millones padecen hambre, 1200 millones de personas carecen de agua potable, 3 mil millones no tienen servicios de saneamiento, 2 mil millones carecen de electricidad. Las consecuencias son cruentas: 30 mil niños mueren diariamente por causas evitables vinculadas a la pobreza, mientras que la esperanza de vida en los 26 países más ricos supera los 78 años, en los 49 más pobres es de solo 53 años; 1,8 millones personas mueren anualmente por enfermedades vinculadas al agua contaminada, la falta de higiene y la carencia de otras condiciones sanitarias básicas; solo 6 niños de cada mil mueren antes de cumplir un año de edad en los países más ricos, mientras que en los más pobres son más de 100.

Una reciente investigación de la Universidad de las Naciones Unidas (Diciembre 2006) sobre la

“Distribución de la riqueza de los hogares del mundo” midió el valor de los activos físicos y financieros de las personas menos las deudas, determinando su capital. Los resultados fueron los siguientes:

Cuadro 1
Distribución Mundial de la Riqueza

Porcentaje de la población mundial	Porcentaje del capital mundial
1% de los adultos mas ricos	40%
10% de los adultos mas ricos	85%
50% de la población adulta mundial	1%

Fuente: Universidad de las Naciones Unidas, UNU-Wider, 2006.

Por otra parte las diferencias de ingreso entre el 20% más rico y el 20% más pobre que eran de 30 a 1 en 1960, llegaban a 74 a 1 en 1997, y siguen ascendiendo.

En ese marco de amplias oportunidades, y tan severas carencias y desigualdades ¿qué papel pueden cumplir las religiones para que el desarrollo recupere una agenda ética y llegue a los grandes sectores de la humanidad hoy excluidos?

Más allá de cualquier hipótesis teórica al respecto, las religiones están actuando todos los días de modo muy concreto frente a estos problemas. Organizaciones de base católicas, evangélicas, protestantes, judías, musulmanas, y de todas las creencias trabajan a diario por los más desfavorecidos. En Argentina, por ejemplo, cuando en los años 90 las políticas aplicadas triplicaron la pobreza y, buena parte de la clase media fue destruida económicamente, Caritas, la vigorosa organización de solidaridad de la Iglesia Católica, protegió a 3 millones de personas en base a 150 mil voluntarios, y la AMIA, institución central de la comunidad judía, desplegó una extensa red de protección social que

(*) Asesor Principal de la Dirección Regional para América Latina y el Caribe del Programa de Naciones Unidas (PNUD). Pionero de nuevas áreas de pensamiento como la gerencia social, la ética para el desarrollo, y el capital social. Autor de numerosas obras de difundida utilización internacional. Entre las más recientes el best seller continental “Más ética, más desarrollo” (10ma. edición. España: INAP, 2006). Designado Profesor Honorario por la Pontificia Universidad Católica del Perú.

ayudó a una de cada tres familias de esa comunidad de pequeña clase media destrozada por la crisis. En Benin, ha señalado el Banco Mundial “las entidades afiliadas a la Iglesia representan probablemente la más visible y extensa red de protección existente”. Situaciones similares se repiten en todo el planeta.

Las religiones no solo están presentes en la vida cotidiana de los pobres, sino que en diversos casos se han incorporado activamente a la discusión mundial sobre la globalización, sus impactos económicos y sociales, y sobre el modelo de desarrollo deseable.

El Papa Paulo VI planteó que “es un error decir que la economía y la ética son diferentes y extrañas una a la otra, que la primera no depende de algún modo de la segunda”⁽¹⁾ y el Papa Juan Pablo II convocó a una “nueva y más profunda reflexión sobre la naturaleza de la economía y su propósito”⁽²⁾. El mismo reclamo ha surgido del Arzobispo de Canterbury, George Carey, del Presidente del Consejo de Políticas del Congreso Judío Mundial, Rabino Israel Singer, y de prominentes personalidades espirituales mundiales. ¿De dónde surge este nuevo impulso hacia un rol activo en el desarrollo de diversas religiones de gran influencia? ¿Qué se puede esperar de él?

El presente trabajo abordará esta temática, recorriendo tres etapas sucesivas. En las primeras dos etapas nos concentraremos en las importantes raíces que tiene este compromiso con el desarrollo en dos religiones de fuertes impactos: el judaísmo y el cristianismo. Para ello se examinará la posición que tiene el judaísmo frente a la agenda de problemas claves del desarrollo, enfocándonos en la visión del Antiguo Testamento y revisando la doctrina social de la Iglesia, centrándonos fundamentalmente en sus expresiones actuales. En tercer lugar, el trabajo abordará la propuesta que surge de ambas religiones en relación al mundo de la globalización, y al desarrollo. Dados los límites muy acotados de este trabajo no se pretende más que presentar “exploratoriamente” estos temas. Asimismo, desde ya un análisis más extenso debería abarcar la visión sobre estos problemas de otras religiones de enorme significación como las musulmanas, orientales, indígenas y otras.

Es imprescindible que estos temas se profundicen cada vez más. Las grandes visiones religiosas movilizan a gran parte de la población mundial y son decisivas en las decisiones diarias de millones y millones de personas y familias. Los valores espirituales son un componente esencial del capital social de una sociedad y, al mismo tiempo, un fin en sí mismo.

2. La visión social de la Biblia

El Antiguo Testamento, la Torah (instrucción), base del judaísmo y texto fundante reconocido por el cristianismo y otras religiones, se ocupa activamente de los grandes temas económicos y sociales del género humano. Ubica en el centro de su atención cuestiones como la pobreza, la exclusión social, las desigualdades, las responsabilidades de la sociedad frente a estos temas, las del individuo, y las acciones moralmente correctas. La preocupación se materializa en claros principios rectores y orientaciones de conducta. Pero el texto bíblico no se limita a ello, va aún mucho más allá, y establece detalladas normas destinadas a asegurar en los hechos la fidelidad a los principios proclamados. Se convierte así en una fuente densa y riquísima de la doctrina y legislación económica y social. Por otra parte, la divinidad expresa su voluntad y la trascendencia que asigna a esta visión, a través de figuras humanas concretas, los profetas, que en medio de las circunstancias más adversas, con enorme coraje y total integridad, llaman la atención a los poderosos, y al mismo pueblo, sobre la imprescindibilidad de cumplir las normas éticas prescritas por la divinidad, y los males que acaecerán en caso contrario. Moisés, Isaías, Jeremías, Amos, Oseas, Ezequiel, y muchos otros, acompañaron la transmisión de la idea con la entrega de sus propias vidas por ella, y se convirtieron en referencias centrales de su tiempo y de gran parte del género humano.

Entre las visiones fundamentales que plantea el texto bíblico al género humano, se hayan las siguientes:

2.1. La idea de la responsabilidad del uno por el otro

Los seres humanos tienen la obligación ética de velar por sus semejantes. La solidaridad no es una opción sino un mandato. En el Levítico la divinidad prescribe “Y amarás a tu prójimo como a ti mismo”⁽³⁾. Hacerlo así cotidianamente no merece reconocimientos especiales, es ser humano. Un prominente pensador judío contemporáneo el rabino Abraham Y. Heschel dice que es simplemente “la manera de vivir correcto”.

2.2. La pobreza debe ser erradicada

Para la Biblia la pobreza no es inevitable. No se halla en el designio divino. Todo lo contrario. El designio es que el ser humano tenga plenas posibilidades de realización. El texto dice “Bien que no debe haber en medio de ti menesteroso alguno”⁽⁴⁾. Yeshahahu Leibowicz, eminente analista bíblico,

(1) PAULO VI. *Octogésima Adveniens*. 1971. p. 42.

(2) JUAN PABLO II. *Mensaje por la celebración del Día Mundial de la Paz*. 2000.

(3) Levítico 19:18.

(4) Deuteronomio 15:4.

resalta que “no debe entenderse como una promesa divina, sino como una exigencia impuesta al hombre. Nosotros debemos evitar crear una realidad en la que habrá indigentes entre nosotros”⁽⁵⁾. En general subraya que los Profetas no son oráculos, no dicen lo que va a suceder, sino lo que debería suceder.

2.3. La dignidad del pobre debe ser preservada por todos los medios

Para el texto bíblico los pobres son seres humanos iguales que todos. La pobreza no reduce un ápice su carácter de criaturas creadas por la divinidad, a su imagen y semejanza. Frente a la tendencia usual en las sociedades actuales a desvalorizar al pobre, el mensaje bíblico es opuesto. Subraya incluso que aquellos que se aprovechen de los huérfanos, las viudas, los extranjeros, y los pobres, las figuras de la exclusión en la Antigüedad, tendrán que enfrentarse con la Divinidad misma. Ella protege especialmente a los pobres.

Es tan vigorosa la defensa de la dignidad humana del pobre, que se le impone incluso una obligación a primera vista incomprensible. Los textos dicen que aquel que es muy pobre igual debe ayudar a alguien que es más pobre que él. La pregunta es ¿por qué, estando en esa condición difícil, se le exige ayude a otros? La respuesta es que no se quiere privar al pobre de una obligación que es central para la idea de dignidad humana, la de la solidaridad con sus semejantes.

2.4. Evitar las grandes desigualdades

La idea de igualdad es esencial al texto bíblico. Ante todo los seres humanos son iguales en lo más importante. El monoteísmo bíblico plantea que hay una sola divinidad. No existen divinidades superiores e inferiores según el grupo de seres humanos. Hay una sola común a todos, y ante ella no hay diferencias, ni posibilidad alguna de influirla en un sentido u otro. Las grandes desigualdades han sido generadas por las sociedades, no están en el designio divino. Tratando de prevenirlas, la Biblia establece una detallada legislación que cubre diversos aspectos. Entre sus disposiciones se hallan la condonación de las deudas cada siete años, el año sabático de la tierra por el que su propiedad se suspende cada siete años y los pobres pueden acceder a sus frutos, la protección del que trabaja a través de múltiples instituciones (el pago del sueldo en tiempo, las previsiones de retiro, el descanso sabático y otras), y el jubileo. Según este último, cada

cincuenta años el bien más importante de la antigüedad, la tierra, debía volver a su distribución original, efectuada en tiempos de Moisés, donde la tierra fue repartida entre las tribus y familias, según el número de miembros de cada familia. La idea de que la tierra ha sido dada para compartirla tiene gran fuerza en el texto bíblico. Así el Levítico dice: “La tierra, pues, no podrá venderse a perpetuidad, porque mía es la tierra, pues que vosotros sois extranjeros y forasteros para conmigo”⁽⁶⁾.

2.5. La sociedad debe organizarse para combatir la pobreza y abrir oportunidades

La idea de política pública, de la acción colectiva de la comunidad frente a los problemas económicos y sociales, es central en el texto bíblico pues en este se indican orientaciones para la organización social, muchas de las cuales intentan evitar las arbitrariedades, asegurar un buen gobierno y, al mismo tiempo, efectuar prescripciones detalladas en campos básicos. Entre estos, se establece uno de los primeros sistemas fiscales de la historia, el diezmo, donde cada uno debe aportar el 10% de su producción y ello será destinado al sustento de los sacerdotes, los huérfanos, la viuda y el extranjero. Asimismo, fija regulaciones del mercado que tratan de asegurar el justo precio, la buena calidad de los productos y la imposibilidad de prácticas corruptas, así como reglas sobre el trabajo, que son precursoras del Derecho del Trabajo moderno, y normas para asegurar que el funcionamiento de la justicia sea equitativo, y que los derechos de los más débiles sean protegidos.

A todo ello se suman instituciones para garantizar que los enfermos tengan protección, que los niños tengan acceso a educación, que los ancianos sean asistidos, y hasta enérgicas políticas de promoción de los préstamos a los pobres, pioneras del micro crédito y la asistencia a la pequeña y mediana empresa, estrategias claves actualmente en el campo del desarrollo social. Interpretando la Biblia, uno de sus mayores exegetas, el gran sabio Maimónides, estableció en el siglo XI una jerarquía de la ayuda al otro de ocho niveles, según el grado de genuinidad, anonimato y efectividad de la ayuda. El más elevado de todos es “ayudar al otro de modo tal que después no necesite ayuda, entrando en sociedad con él, o dándole un préstamo”⁽⁷⁾. El acceso real al crédito, el préstamo para actividades productivas, aparece en la Biblia como un mandato moral imperativo.

(5) Leibowitz, Yeshayahu. *Brief commentaries on the Torah*. Israel, 1999.

(6) Levítico 25:23.

(7) MAIMONIDES, Mishneh. *Torah (Codification of Jewish Law)*. Capítulo 9. Leyes 1-3.

2.6. El voluntariado es una obligación ética

Junto a una acción comunitaria sistemática, el texto bíblico prescribe la necesidad de una conducta individual solidaria en el día a día. No da posibilidad de delegar en el Estado o en el mercado la resolución de los problemas sociales, sino que cada persona debe hacer su aporte. Pregona el voluntariado, como hoy se lo llama, como forma de vida. En el Talmud, interpretación de siglos de la Biblia, se considera que la *tzedaka*, la acción solidaria, es "igual en importancia a todos los otros mandamientos combinados"⁽⁸⁾. Los comentaristas talmúdicos señalan "Si tú eres capaz de ayudar a alguien que es pobre y te descuidas de hacerlo, estas transgrediendo una prohibición de la Biblia"⁽⁹⁾.

El concepto bíblico no solo pena la acción que causa perjuicios al otro, va mucho más allá. Reclama el voluntariado, la conducta activa de ayuda, y considera que es un error grave la omisión, es decir no actuar cuando se pudo hacerlo. Cierra las puertas a todas las formas de insensibilidad, tanto las activa como las pasivas. Frente al sufrimiento del otro se debe actuar. El Levítico enseña "no desatiendas la sangre de tu prójimo"⁽¹⁰⁾.

De las visiones anteriores y otras muchas, surge un mensaje que a pesar de su antigüedad tiene plena vigencia para los problemas de nuestro tiempo. Este potente mensaje espiritual y ético, ha sido y sigue siendo reinterpretado a lo largo de generaciones por el pueblo judío y por hombres y mujeres de múltiples religiones, y se ha convertido en un faro orientador para amplios sectores del género humano. Frente a la agenda de los grandes contrastes de nuestro tiempo, ha sido enarbolado con toda frecuencia en defensa de los excluidos, los discriminados, los niños, las mujeres, las familias, la protección del medio ambiente y de los derechos humanos, y las grandes causas universales. Ante las ambigüedades e injusticias que permean la realidad contemporánea, resuena con fuerza la exigencia de los Salmos cuando dicen "Haced justicia al pobre y al huérfano, juzgad con equidad al afligido y al menesteroso. Liberad al afligido y al necesitado"⁽¹¹⁾.

3. La Iglesia ante el desarrollo y la globalización

Inspirada en las enseñanzas de Jesús y sus discípulos en el Antiguo y el Nuevo Testamento, la Iglesia Católica ha desarrollado un vigoroso pensamiento frente a los grandes temas económicos y sociales de nuestro tiempo. En décadas cercanas, las encíclicas pioneras del Papa Juan XXIII realizaron un riguroso

análisis de la realidad internacional y formularon principios orientadores respecto a los candentes temas sociales que tuvieron gran impacto universal. La Iglesia adoptó, crecientemente en las últimas décadas, lo que llamó "la opción preferencial por los pobres". El Papa Juan Pablo II colocó a los temas sociales en el centro de su prédica cotidiana, y, con persistencia y combatividad, puso foco a foco, desde la mirada espiritual y teológica, casi todos los dramas de exclusión de nuestro tiempo. Sus encíclicas sobre la materia se convirtieron en pilares del pensamiento social contemporáneo. La actitud de la Iglesia impulsó hacia el centro del escenario internacional el debate sobre las relaciones entre la ética y economía, los impactos de la globalización, el tipo de desarrollo deseable, y otras áreas fundamentales. Asimismo, en forma cada vez más activa, la Iglesia generó a partir de su reflexión orientaciones que puso a consideración colectiva y que tuvieron enorme resonancia sobre reglas justas en las relaciones económicas entre el Norte y el Sur. El Papa Benedicto XVI renovó los trabajos de la Iglesia en estos terrenos, ocupándose continuamente de los inmigrantes, las familias empobrecidas, los discriminados y los marginados de las más diversas condiciones.

A continuación se indican de modo sintético algunas de las principales posiciones adoptadas por la Iglesia en relación a los temas del desarrollo y la globalización.

3.1. La economía debe estar al servicio de los seres humanos

La Iglesia propugna no perder de vista que la economía no es un fin en sí misma, sino un medio de la más alta relevancia, medio que debe estar al servicio de fines superiores como el desarrollo del hombre. Juan Pablo II ha invitado a "los economistas y profesionales financieros así como a los líderes políticos a reconocer la urgencia de asegurar que las prácticas económicas y las políticas vinculadas tengan como su meta el bien de cada persona, y la totalidad de la misma"⁽¹²⁾. Ha señalado, asimismo, que "una economía que no tenga en cuenta esta dimensión ética no puede realmente llamarse a sí misma una economía, en el sentido de un uso racional y constructivo de la riqueza material".

La realidad para la Iglesia se halla muy distante de la situación deseable. El Concilio Vaticano II la retrató del siguiente modo, en expresión que tiene plena vigencia a la luz de las tendencias observables: "Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder

(8) Bava Bathra 9ª. Talmud Babilónico.

(9) Jinuj 478.

(10) Levítico 19:16.

(11) Salmo de Aspah. Salmo LXXXII: 3.

(12) *Op.cit.*

económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria, y son muchedumbres que no saben leer ni escribir⁽¹³⁾.

3.2. Aplicar los principios rectores

Para el Cristianismo todos los seres humanos son hermanos y hermanas por su filiación divina, y la humanidad debe considerarse una gran familia global. Las relaciones deben estar regidas, por tanto, por la solidaridad, la misericordia y el amor, todos ellos atributos de la divinidad, a cuya imagen y semejanza fue creado el ser humano.

Por ello, como subraya Juan Pablo II en *Centesimus Annus*, es totalmente legítima la exigencia de los pobres de “tener el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo”. Esa posibilidad debe verse como una gran oportunidad espiritual y económica para la humanidad entera. El Papa resaltó que “la promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la humanidad entera”. La ética distributiva, a la que se refirió en detalle Santo Tomás de Aquino recordando que “el pan que retienes le pertenece al hambriento”⁽¹⁴⁾, debería tener fuerte peso en el funcionamiento económico. Los altísimos niveles de desigualdad, incluso en los mismos continentes, contradicen abiertamente esa ética. Tal es el caso por ejemplo de América Latina que el Obispo Irizar caracteriza señalando “que para nuestro propio escándalo es la vez, el Continente más desigual y el más católico”⁽¹⁵⁾.

3.3. Existen riesgos muy importantes en el funcionamiento actual de la economía mundial

La situación actual aparece plena de oportunidades entre otros aspectos por el acelerado avance del conocimiento científico-tecnológico y las posibilidades de integraciones económicas regionales, pero, al mismo tiempo, es portadora de riesgos de gran envergadura. Entre ellos, las disparidades abrumadoras entre el norte y el sur, la “financiarización”, un desarrollo vertiginoso donde la especulación y las maniobras financieras reemplazan al trabajo como fuente productora de riqueza con graves consecuencias regresivas, la visión reduccionista del ser humano como *homo economicus* y la idealización del mercado. Sobre este último previene Juan Pablo II que “muchas necesidades humanas no tienen lugar en el

“La situación actual aparece plena de oportunidades entre otros aspectos por el acelerado avance del conocimiento científico-tecnológico y las posibilidades de integraciones económicas regionales, pero, al mismo tiempo, es portadora de riesgos de gran envergadura. Entre ellos, las disparidades abrumadoras entre el Norte y el Sur, la “financiarización”, un desarrollo vertiginoso donde la especulación y las maniobras financieras reemplazan al trabajo como fuente productora de riqueza con graves consecuencias regresivas, la visión reduccionista del ser humano como *homo economicus* y la idealización del mercado”.

mercado”⁽¹⁶⁾ y advierte que “cuando al hombre se lo ve más como un productor o un consumidor de bienes que como un sujeto que produce y consume para vivir, entonces la libertad económica pierde su relación necesaria con la persona humana y termina enajenándola y oprimiéndola”.

3.4. Debe haber reglas éticas para la globalización

La nueva economía mundial aparece con un gran potencial de progreso y puede mejorar sustancialmente las capacidades productivas del género humano. Pero también puede acentuar las abismales desigualdades actuales y dejar fuera a buena parte de la población mundial. Enfrentando el problema, la Iglesia ha lanzado al inicio del nuevo milenio el movimiento del jubileo. Retomando la institución bíblica así denominada, este movimiento contiene múltiples normas destinadas a proteger la equidad, abogando enérgicamente por una ética para la globalización y reclamando lo que ha llamado “una justicia social a nivel global”⁽¹⁷⁾. Entre sus componentes se hallan la condonación parcial o total de la deuda externa de los países más pobres

(13) VATICAN ASSEMBLY I. *Pastoral Constitution. Claudium et Spes*. Vatican Library Editrice, 1965

(14) *Summa Theologica* II-II Q 66 A 7.

(15) IRIZAR CAMPOS, Miguel. *La visión social del crecimiento*. En: *Hacia un enfoque integrado del desarrollo, la ética, la economía y la cuestión social*. Washington: Banco Interamericano de Desarrollo, 1994.

(16) *Centesimus Annus*. 1991.

(17) JOHN PAUL II. *Address to Members of the Vatican Foundation “Centesimus Annus – Pro Pontifice”*. 9 de Mayo de 1998.

condenados, de otro modo, por generaciones, a sufrimientos enormes para la mayoría de sus poblaciones, a la reducción de las fuertes barreras proteccionistas, a políticas discriminatorias que les impiden exportar sus productos a los países ricos, y al reforzamiento de la ayuda internacional, hoy en su punto más bajo en décadas. El Papa Juan Pablo II ha pedido “globalizar la solidaridad”. Además, reclamó que “para prevenir que la globalización de la economía produzca los dañinos resultados de una expansión incontrolada de intereses privados o de grupo, es necesario que esté acompañada de una cultura global de solidaridad atenta a las necesidades de los más débiles”.

3.5. Proteger los derechos económicos y sociales

La dignidad del ser humano exige tenga derechos plenos al trabajo, acceso a protección de su salud, a educación, protección de la familia, y otros derechos económicos y sociales básicos. Poner en duda la legitimidad de dichos derechos, o regatearlos, vulnera esta dignidad indesconocible. Juan Pablo II pidió que haya una posición activa al respecto: “es importante rechazar cualquier intento de negar a estos derechos verdadera condición jurídica. Debe repetirse igualmente que es necesario involucrar la responsabilidad común de todas las partes -autoridades públicas, sector empresarial, y sociedad civil- para lograr la aplicación total y efectiva de los mismos”⁽¹⁸⁾.

El Papa Benedicto XVI ha llamado la atención con frecuencia sobre los sufrimientos que experimentan los inmigrantes, en una época con las mayores cifras de migraciones del último siglo. Así, ha señalado refiriéndose a emigrantes latinoamericanos que: “El doloroso y vasto problema de la pobreza, que induce a muchos a emprender la vía arriesgada de la emigración, con todas las secuelas en el ámbito familiar y social, tiene graves consecuencias en el campo de la educación, de la salud y de la vivienda”⁽¹⁹⁾.

3.6. Los pobres deben ser la prioridad

Una de las oraciones básicas de la fe cristiana, enseñada por Jesucristo dirige a la divinidad este pedido: “el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. La divinidad puso a disposición de los seres humanos todo lo necesario para que ello fuera así. Sin embargo,

casi la mitad del género humano carece de lo más imprescindible. Los daños que produce la pobreza son extremos. De modo realista el Juan Pablo II ha prevenido que “El problema de la pobreza es algo urgente que no puede dejarse para mañana”⁽²⁰⁾. Efectivamente muchos de los efectos que genera son irreversibles después, como los que provienen de la desnutrición infantil, la desarticulación de familias, las enfermedades de la miseria, la desocupación prolongada. Como resalta el Obispo Diarmuid Martin,, la pobreza hace imposible que los seres humanos puedan ser “esa imagen de Dios en cuya semejanza fueron creados”⁽²¹⁾. Por ello destaca que “las situaciones de pobreza extrema constituyen una ofensa a la dignidad de la persona humana” y también a la divinidad.

La gran pregunta formulada por Juan Pablo II en 1990 sigue resonando, y es cada vez más actual: “Cuando se trata de la negociación de la deuda externa, de la regulación de los mercados o de los proyectos de ajuste, ¿Se presta suficiente atención al bienestar de los más pobres, que deberían ser la verdadera prioridad?”.

La doctrina social de la Iglesia se ha actualizado plenamente para los nuevos tiempos. Las direcciones bíblicas, y el mensaje de Jesús, fueron desarrollados para contestar a un mundo de fuertes contradicciones. El énfasis social se acentuó cada vez más, respondiendo al clamor de vastos sectores excluidos del derecho al desarrollo. El mensaje es denunciante, pone en el centro del debate mundial las formas múltiples de la exclusión social, pero al mismo tiempo, ha adquirido contenidos cada vez más propositivos. Sugiere grandes orientaciones para construir una economía internacional que responda a reglas éticas y a economías nacionales de perfil humano. Se trata en definitiva, como lo expresara Juan Pablo II al renovar la idea del Jubileo, de impulsar “una nueva cultura de solidaridad internacional y cooperación, donde todos, particularmente las naciones ricas y el sector privado, acepten responsabilidad por un modelo económico que sirva a todos”⁽²²⁾. La pobreza no es un problema de los pobres solamente. Como lo indica el Papa Benedicto XVI “Constituye un apremiante desafío para los gobernantes y responsables de las instancias públicas, para que todos dispongan de los bienes primarios y encuentren los medios indispensables

(18) JOHN PAUL II. *Address to the Congress for pastoral promotion of Human Rights*. Julio 1998.

(19) BENEDICTO XVI. *Discurso en la entrega de credenciales del nuevo Embajador de El Salvador en la Santa Sede*. En: *Diario de Centro América*. 2 de Diciembre de 2005.

(20) JUAN PABLO II. *Address at Elk*. Polonia, 8 de Junio de 1999.

(21) DIARMUD, Martin. *La iglesia y los problemas económicos y sociales medulares de nuestra época*. En: KLIKSBURG, Bernardo (editor). *Ética y Economía. La relación marginada*. Buenos Aires: El Ateneo, 2002.

(22) JOHN PAUL II. *Address of the Holy Father to the participants in the convention organized by the Foundation Centesimus Annus - Pro Pontifice*. Septiembre 11, 1999b.

que permitan su promoción y desarrollo integral⁽²³⁾.

La visión que surge de todas estas orientaciones la de un modelo de desarrollo para todos, totalmente incluyente y puesto al servicio de todos los seres humanos y de cada uno de ellos en su integridad, constituye una formidable contribución al futuro del género humano.

4. El impacto del llamado de alerta de las religiones

El Antiguo y el Nuevo Testamento, el judaísmo y el cristianismo, tienen una visión de la realidad que pone en primer lugar la necesidad de enfrentar el sufrimiento cotidiano de grandes sectores de la humanidad, en un mundo en donde la posibilidad de bienestar parece hallarse al alcance de la mano. Ese sufrimiento tiene dimensiones enormes. Se estima⁽²⁴⁾ que 18 millones de personas mueren anualmente prematuramente por razones vinculadas a la pobreza. Son nada menos que la tercera parte de todas las muertes anuales. 50 mil muertes gratuitas por día, entre ellas 30 mil niños menores de cinco años de edad. Por otra parte, la disparidad de ingresos de unos y otros ha alcanzado niveles que las Naciones Unidas (1999) califican de "grotescos"⁽²⁵⁾. Los activos combinados de las tres personas más ricas del mundo son superiores al Producto Nacional Bruto sumado de los 48 países menos adelantados ¿cuál es el impacto que frente a estas situaciones que violan valores éticos básicos puede tener la visión religiosa? ¿En qué medida puede contribuir de modo concreto a mejorar estas realidades?

En primer lugar, como se mencionó, la visión del judaísmo y el cristianismo, y lo mismo sucede con otras religiones, liga la visión con la acción. Una vivencia religiosa integral conduce naturalmente a la necesidad interna de ayudar al otro, de ser coherente con el mensaje de amor transmitido por la divinidad. Movilizados por este compromiso interno, millones y millones de personas practican la solidaridad activa, desde sus convicciones religiosas, incorporándose a organizaciones voluntarias ligadas a su fe, y de todo orden. El mundo de la actividad social voluntaria vinculada a las religiones ha crecido aceleradamente, y el mencionado compromiso desempeña un papel significativo en la gran expansión de este movimiento voluntario en el mundo, que lo ha llevado, según los estimados, a generar más del 5% del producto bruto en diversos países desarrollados, y a cumplir un rol muy relevante en muchos países en desarrollo.

Ese es un impacto directo. La movilización de amplios sectores, mediante la entrega de horas de

trabajo, el aporte de sus conocimientos, la recolección de recursos y muchas otras modalidades para ayudar a seres humanos concretos. Ello no modifica los problemas estructurales de pobreza, pero salva vidas a diario. Tiene por tanto un valor inestimable y, además, envía un mensaje poderoso. El texto talmúdico señala así que "Quien salva una vida es como si salvara a toda la humanidad"⁽²⁶⁾.

Ello bastaría para concluir que las religiones tienen un impacto humanitario de primer orden. Pero hay otro conjunto de implicancias muy especiales en la posición que las religiones han adoptado en materia social. Amplios sectores de ellas se han convertido en abogados de hecho de la causa de los pobres. La "opción preferencial por los pobres" de la Iglesia Católica, y la concepción de justicia social de los profetas, hebreos, se alzan para representar a quienes son casi invisibles y no tienen voz mayor en las grandes decisiones.

En primer lugar, la visión social de las religiones plantea que es necesario recuperar en lo cotidiano los valores éticos que dan sentido a la vida personal, familiar, y a la historia. Dichos valores no son una imposición, se hallan en la naturaleza de la criatura humana, y su promoción es la que permite a los seres humanos alcanzar la armonía interior y la plenitud. Entre ellos se hallan el amor, la solidaridad, la justicia, la rectitud, la superación de las discriminaciones de etnia, género, color, y de otra índole, el respeto a los ancianos, la protección de los niños, el fortalecimiento de la familia, la eliminación de la corrupción, la integridad, la autenticidad, la verdad, la humildad. Su ejercicio es relacional, y puede llevar a lo que Martín Buber llamaba "Encuentros entre un yo y un tú", que son los espacios en donde la plenitud parece hallarse cercana⁽²⁷⁾.

En segundo lugar, postula que hay una contradicción muy fuerte entre el discurso acerca de esos valores que es casi consensual, todos aceptan su importancia, la necesidad de practicarlos, y los hechos diarios que los vulneran con toda frecuencia. Así, entre otros casos, en el discurso los niños deben ser lo primero, les corresponde la máxima protección, el acceso a un marco familiar cálido, educación y salud. Sin embargo, las cifras indican que son el sector más pobre del mundo. Sus promedios de pobreza superan los promedios generales. Asimismo, en muchos casos carecen de un marco familiar, siendo que sus familias han sido desarticuladas ante el embate de la pobreza.

Existe una gigantesca población de niños que se ven obligados a trabajar, "esclavitud forzada" lo llama la Organización Internacional del Trabajo. Aumentan

(23) *Op.cit.*

(24) POGGE, 2002.

(25) UNDP, *Human Development Report*. New York, 1999.

(26) *Talmud Ierushalmi, Sanedrín*. Capítulo.4. 22nda.

(27) BUBER, Martín. *I and You*. Scribner Classics Edition, 2000.

los niños abandonados que viven en las calles de numerosas ciudades de los países en desarrollo, condenados a una muerte temprana. Grandes contingentes no tienen acceso a protecciones básicas de salud y muchos no completan los primeros años de la escuela por falta de condiciones mínimas para hacerlo. En vastas zonas del planeta, los niños no son los primeros sino los últimos. La visión social de las religiones analizadas marca con fuerza contracciones de ese orden entre los valores éticos declamados y las prácticas concretas.

En tercer lugar, judaísmo y cristianismo comparten una concepción muy definida respecto a la propiedad de los bienes materiales. La divinidad ha concedido a los seres humanos riquezas naturales incontables y plenas posibilidades para explotarlas y desarrollarlas. Pero el mandato es que esos bienes, que en definitiva pertenecen a la divinidad, deben ser compartidos. En la medida en que los utilicen en beneficio colectivo, serán buenos administradores de los bienes entregados por la divinidad, y ellos se verán multiplicados. Una reconocida autoridad talmúdica, Steinzaltz, plantea que si, en cambio, no los comparten y no hacen solidaridad, porque se creen arrogadamente que son el solo producto de su acción y que les pertenecen en forma exclusiva, caen de hecho en idolatría, están desconociendo a la Divinidad, al colocarse a sí mismos como el origen de todo⁽²⁸⁾.

La doctrina católica, que como la judía reconoce la propiedad privada, la ve, como señala Martín, “en situación de diálogo con los principios del destino universal de los bienes creados. La propiedad privada, de hecho, se encuentra bajo una hipoteca social, lo que significa que tiene una función intrínsecamente social”⁽²⁹⁾. Por ello el Papa Juan Pablo II ha resaltado por ejemplo, que los derechos privados en el ámbito de la propiedad intelectual deben estar acotados por consideraciones de bien común. Ha dicho que “no puede aplicarse únicamente la ley del beneficio económico a aquello que resulta esencial para luchar contra el hambre, la enfermedad y la pobreza”⁽³⁰⁾.

En cuarto término, desde estas y otras bases, dichas visiones hacen un llamado a la acción transformadora. Consideran que la mayor amenaza es la insensibilidad. Las injusticias actuales nos conciernen a todos. No son problemas personales de los pobres. Son problemas colectivos, que relevan profundas fallas éticas en nuestras sociedades. El

Papa Juan Pablo II habla “de que las causas de las exclusiones no son naturales, sino mortales. Señala que: no se puede pasar por el papel misterioso del pecado de los hombres en los atentados a la solidaridad que padece una parte grande de la humanidad”⁽³¹⁾. La pasividad, o la inacción, forman parte de esos pecados. La coherencia exigida pasa por actuar.

Estos llamados a poner en el centro aquello que siempre debió estarlo, los valores éticos, a transparentar las hipocresías cotidianas, que muestran una gran brecha ética entre los valores y las prácticas, y a actuar, ¿son mensajes en el vacío sin posibilidad de consecuencias prácticas?

La realidad parece indicar lo contrario. Las demandas que de ellos surgen se hallan perfectamente al alcance si hubiera una voluntad ética firme.

Han alcanzado tal nivel las disparidades entre los países ricos y los pobres, que con cambios mínimos se podrían lograr resultados enormes. Jeffrey Sachs estima que de asegurar que todos los pobres tengan agua potable y saneamiento, de garantizar que todos los niños pobres puedan ir al colegio, y de proporcionar financiación adecuada a la lucha contra el Sida, la Tuberculosis y la Malaria tendría un costo inferior al 1% de la renta anual de los países ricos⁽³²⁾. Se estima que los países pobres pierden anualmente 700 mil millones de dólares en exportaciones posibles por las barreras proteccionistas de los países ricos. Hopenhayn calcula que amortizado en 20 años el costo de cancelar la deuda externa de los 52 países más pobres sería menos de cuatro dólares al mes por cada habitante de los países ricos. También señala que si tres años atrás se le hubiera condonado la deuda externa a 20 de los países más pobres y ese dinero se hubiera invertido en salud básica, hoy vivirían 21 millones de niños que murieron por falta de atención⁽³³⁾.

Frente a todo ello la ONU fijó en 1969 que la ayuda de los países ricos para el desarrollo no debía ser menor al 0.7% del producto bruto. En el 2004, era solo de 0.26%. La del país más rico Estados Unidos era del 0.17 y la de Japón de 0.19%.

Ante estas cifras la insistencia de la iglesia y otras visiones sociales religiosas en puntos como los mencionados, deuda externa, reducción del proteccionismo, ayuda para el desarrollo, tiene la más alta validez. Con avances en estos frentes las mejoras

(28) STEINZALTZ, Adin. *The essential Talmud*. Nueva York: Bantam Books, 1976.

(29) *Op.cit.*

(30) JOHN PAUL II. *Address to the Jubilee Debt Campaign*. 1999c.

(31) JOHN PAUL II. *Address to the Pontifical Council Cor Unum*. Noviembre 19, 1990.

(32) SACHS, Jeffrey. *Asegurar el futuro en la cumbre de Evian*. En: *El País*. España, 2 de junio de 2003.

(33) HOPENHAYN, Martín. *La dura danza de la finanza*. Santiago de Chile, 2003.

para la vida de millones y millones podrían ser muy importantes.

Por otra parte, los llamados son compartidos por amplios sectores de los mismos países ricos. Un informe de la OCDE indica que el 50% de sus ciudadanos consideran que la ayuda para el desarrollo debería aumentar⁽³⁴⁾. A su vez, a nivel planetario, según una investigación del Banco Mundial que consultó la opinión de líderes de todos los sectores de numerosos países, una mayoría abrumadora, más del 70% considera que combatir la pobreza es crucial para alcanzar la paz mundial y reducir las tensiones globales⁽³⁵⁾.

No están solas las voces que vienen de la visión social religiosa del judaísmo, el cristianismo, las religiones musulmanas, orientales, indígenas y otras religiones, hay latente en amplios sectores la misma percepción, de que la contradicción ética necesita corrección urgente. Sin duda el mensaje permanente de las religiones en tal sentido ha contribuido a esta percepción. La idea de solidaridad y responsabilidad mutua es central cuando dice: "Aquel que regala una rosa a otro, se queda con el perfume en la mano".

Kofi Annan reflejó muy bien el sentir ético de muchos al dejar su cargo de Secretario General de la ONU. Así, señaló: "Nosotros somos responsables por el bienestar de los demás. Sin una medida de solidaridad ninguna sociedad puede ser verdaderamente estable. No es realista pensar que algunas personas pueden derivar grandes beneficios de la globalización mientras millones de otras son dejadas al margen o arrojadas a la pobreza abjecta. Debemos dar a los otros seres humanos al menos una chance de compartir nuestra prosperidad"⁽³⁶⁾.

Junto a su trabajo directo por los desfavorecidos, estas visiones sociales religiosas tienen otro gran impacto de proyecciones invalorable. Están planteando el "caso ético" al conjunto del género humano. No es posible que en un mundo con tantas posibilidades haya tanto dolor diario para tantos. La economía no está funcionando como debiera "para todos los seres humanos, y para la integridad de cada ser humano". Esa conciencia vigilante, denunciadora, y cada vez más propositiva de amplios núcleos religiosos plantea preguntas que ya no pueden ser postergadas más. 卐

(34) OCDE. *Special research report*. Paris, Abril 28, 2003.

(35) WORLD BANK PRESS RELEASE. *Fighting poverty a key to achieving world peace and lowering global tensions*. June 5, 2003.

(36) ANNAN, Kofi. *What I've Learned*. En: *The Washington Post*. Diciembre 11, 2006.